



www.loqueleo.com/co

Ahí están pintados

- © Del texto, 1998 y 2022: Evelio Rosero
- © De las ilustraciones, 2022: Alefes Silva
- © De la unidad didáctica, 2022: Núria Llunel
- © De esta edición:
2022, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono +57 1 7057777
Bogotá - Colombia
www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7520-36-3

Impreso en Colombia

Impreso por Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Primera edición en Colombia: noviembre de 2022

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Ahí están pintados

Evelio Rosero

Ilustraciones de Alefes Silva



loqueleg

*Para Sergio, Nelly y Alejandro,
los niños de la vereda.*



AHÍ ESTÁN PINTADOS



COMEDIA EN TRES ACTOS

Personajes

DIOS

DIABLO

MUCHACHO, FAUSTO

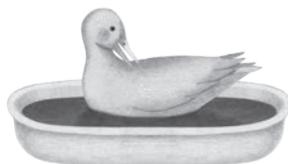
MUCHACHA, MARGARITA

MESERO

POLICÍA

VENDEDOR DE PERIÓDICOS

ALGUNOS TRANSEÚNTES





ACTO PRIMERO



Interior de la casa de Dios: muebles empolvados, telarañas, un sofá desvencijado en donde está Dios, las piernas —hasta las rodillas— hundidas en un platón de agua caliente. Dios estornuda, se suena la nariz, menea la cabeza. Viste una toga blanca, raída; su barba es blanca, y muy larga; tiene la cabeza calva. Tocan a la puerta, tres veces.

11

DIOS (*para sí mismo*).

Uf, ¿quién podrá ser? Qué fastidio, pensaba acostarme temprano. Esta bendita gripa me asusta, me hace llorar, no me deja en paz... ¡Ni a Mí, que soy Dios!

(De nuevo tres golpes a la puerta).

DIOS (*retira las piernas del platón y empieza a secarlas con una toalla rota*).

Ya voy, ya voy, ¿quién es?

VOZ DEL DIABLO.

Yo, viejo Dios. Abre rápido, que hace frío. Llueve a cántaros.

DIOS.

Pero, ¿quién diablos es?

VOZ DEL DIABLO.

Pues yo, viejo. ¿Quién más? Soy el Diablo. Abre pronto. ¡Brr!

DIOS (*para sí mismo, con enfado*).

El Diablo, otra vez. Se aparece cuando uno menos lo espera. (*En voz alta y resignada*). ¡Sigue, Diablo! ¡La casa de Dios siempre tiene las puertas abiertas!

12

DIABLO (*acabando de entrar. Viste una gabardina roja —como las que usan los bomberos—. Un solo cacho en la cabeza. La nariz ganchuda; un rabo negro, de crin de caballo, le asoma por entre los pliegues de la gabardina. Lleva en las manos —de uñas larguísimas— un tridente torcido, que usa a modo de bastón*).

¡Claro! ¡Las puertas abiertas! No me acordaba...
¡Debiste decírmelo antes! Me tuviste un buen tiempo esperando en el frío. Pero un día de estos se entran los ladrones, y...

DIOS.

¿Y qué podrían robarse? ¿Mis sandalias? (*Se calza las sandalias*).

DIABLO.

Tus sandalias, no. (*Señala un cuadro de la Virgen*). Pero sí ese cuadro de María Santísima, pintado seguramente por algún famoso artista italiano.

DIOS.

¿Ese cuadro? Bah, es solo una fotocopia.

DIABLO (*aproximándose*).

¿Y cómo estás? ¿Qué me cuentas?

DIOS.

Sigo igual, y nada cuento. La misma barca atravesando el mismo río. Agripado, como cosa rara. Pero, ¿qué esperas? Siéntate aquí, a mi lado. Nunca fuiste un modelo de timidez. Cuéntame qué has hecho, o, mejor, qué has deshecho. ¡Oh! (*Lo examina atentamente, asombradísimo*). Veo que te hace falta un cacho en la cabeza...

DIABLO (*sentándose al lado de Dios, mientras suspira. Con voz adolorida*).

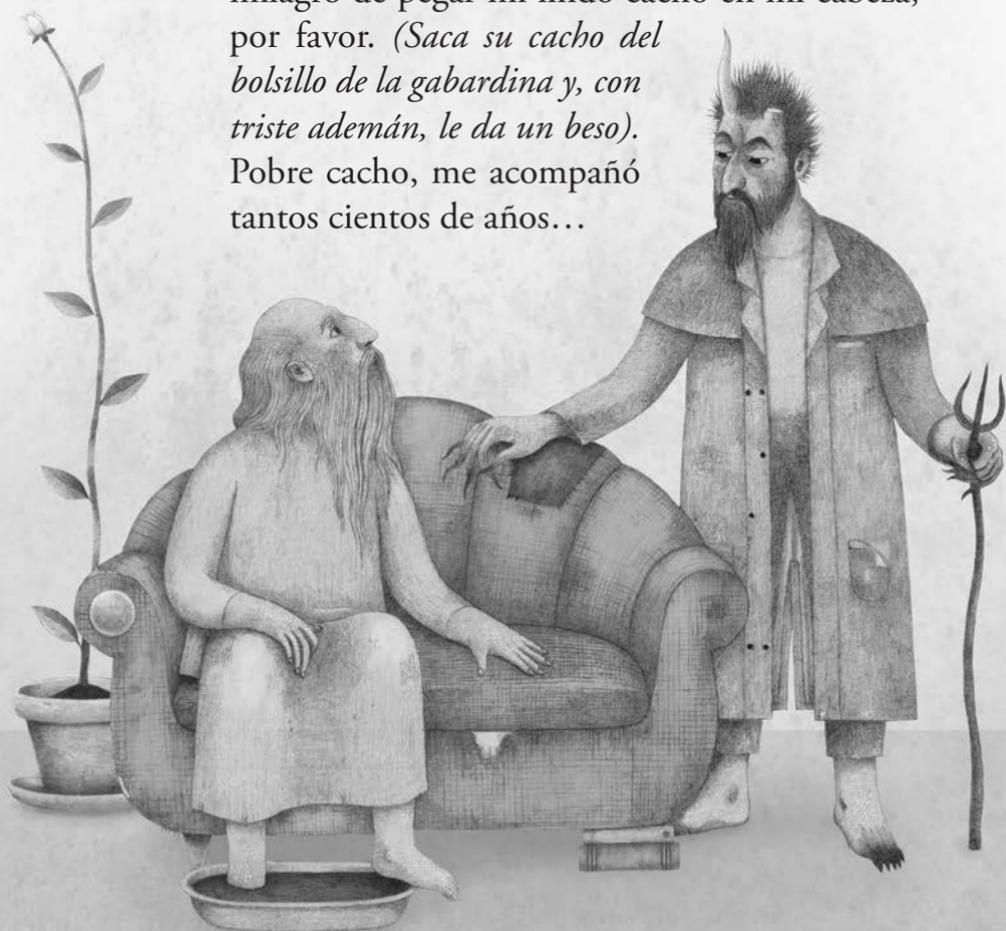
Sí, viejito querido. Se me ha caído un cacho, ¿no es lamentable? El Diablo con un solo cacho, ¡es para ponerse a llorar! Lo peor de todo es que no sé quién podrá ponérmelo de nuevo. Es ridículo. Las gentes se burlan de mí. Es como si tú amanecieras sin los pelos de esa barba venerable. Soy el hazmerreír del mundo, ¡ay!

DIOS.

¿Por qué no vas donde algún dentista? Si saben pegar dientes, a lo mejor te pegan tu cacho... Serás el Diablo de siempre, con dos cachos respetables...

DIABLO.

¿Dentista? ¿Te has vuelto loco? Son demasiado caros. Hoy en día ni el Diablo tiene derecho a enfermarse. Escucha, Dios, si he venido de visita, desde tan lejos —mi barrio queda al otro lado—, y con este aguacero..., es para saludarte y..., lo confieso..., para rogarte que hagas el milagro de pegar mi lindo cacho en mi cabeza, por favor. *(Saca su cacho del bolsillo de la gabardina y, con triste ademán, le da un beso).* Pobre cacho, me acompañó tantos cientos de años...



DIOS.

Lo siento, Diablo. Yo no soy pegador de cachos. Soy, solamente... Dios.

DIABLO.

¡Justamente, Dios! ¡Tú eres Dios! ¡Puedes más que el Diablo!

DIOS.

Eso era antes; ahora son tonterías. Ni Dios ni el Diablo sirven, tú lo sabes. Los hombres nos han olvidado, cualquier lotería es más importante para ellos, y nos olvidaron tanto que ya tenemos que vivir como ellos, sin ningún poder. ¿De qué te sirve ser Dios o Diablo si nadie te hace caso? Por eso estamos como estamos, pagando el arrendamiento y sufriendo resfríos, ¡ay! *(Estornuda con gran fuerza. El Diablo vuelve a guardar su cacho. Suspira).*

15

DIABLO.

Ah, me acuerdo de nuestros buenos viejos tiempos... Cómo nos reíamos, cómo volábamos. Parecíamos dos niños jugando a las escondidas.

DIOS.

¿Buenos tiempos? Yo no diría tanto. Me diste mucho trabajo, Diablo. Yo no sé cómo es que ahora somos un poco amigos.

DIABLO.

Eso no lo puedes negar, Dios. Somos grandes amigos. Somos inseparables. Sin ti yo no soy yo, y sin mí tú no eres tú. Si quieres te consiento ese resfrío. ¿No deseas una copita de brandy? Aquí tengo una botellita... (*Hace ademán de sacar una botella del bolsillo*).

16 DIOS (*mirando con algún interés hacia ese bolsillo, pero desistiendo al final*).

No, Diablo. Sabes muy bien que procuro no beber. El guayabo me hace daño.

DIABLO.

¿Una aspirina?

DIOS.

No, gracias, yo me curo con mis agüitas de yerbabuena, y nada más.

DIABLO.

Te veo desmadejado, Dios. Deberías seguir mi ejemplo. Mírame: me hace falta un cacho, es cierto, pero me atrevo a salir por las calles. A veces incluso me divierto. (*Se pone de pie y hace ademán de bailar con su tridente*). Voy al baile, y bailo. Voy al canto, y canto. (*Se sienta de nuevo*). ¿Por qué no sales conmigo? Pasearemos. ¿Qué sucede? ¡Anímate! Si no quieres pegarme el cacho en la cabeza, haz por lo menos el milagro de acompañarme.

DIOS.

Es esta bendita hambre, Diablo. Desde hace tres meses no pruebo bocado. Eso es lo único que lamento de la pérdida de mi poder: ahora tengo hambre. Antes, cualquier postre de natas me era indiferente. Ahora, un pan, un pan..., por lo menos un pedacito de pan. O una manzana, por favor, roja y brillante. A lo mejor sufro de gripa eterna por el hambre, ¿tú qué crees?

17

DIABLO (*rascándose en el sitio donde le falta el cacho*).

Es posible, Dios, muy posible. Y eso es delicado. Conozco ángeles que han muerto de un catarro común. Pero ven. Ven conmigo, te invito a comer algo; no hace mucho me gané unos cuantos billetes, trabajando de Diablo en un circo.

DIOS (*asombrado*).

¿De Diablo?

DIABLO.

Bueno, en realidad..., de payaso..., fingía que era el diablo sin un cacho, y la gente me aplaudió. ¡Qué miseria!

DIOS.

Diablito, no sufras. Te confieso que al principio me tenía aburrido tu presencia, pero he cambiado de idea. Es muy distinto beberse una copa de brandy, a comerse un perro caliente, por



Dios. ¡Es distintísimo! Me quedo con el perro. Diablito, eres muy generoso..., has aprendido de mí. Ven (*le da unos golpecitos en la espalda, con alegría*), conozco un restaurante excelente, donde uno come langosta mientras tocan el violín.

DIABLO (*retirándose un poco, reflexionando para sí mismo ante el público*).

19

Y por lo visto este Dios también aprendió de mis mañas..., es un bandido. Que yo recuerde, nunca me ha invitado a un café..., el muy pillo... (*Abrazando a Dios, y empezando a salir con él de la casa, mientras se apagan muy lentamente las luces*). ¡Pero salgamos al mundo, Dios! ¿Cuándo fue la última vez que paseamos? ¿Hace quinientos años? Pero, ¿acaso te he negado algo? Comer, comer. Nos comeremos la langosta, el plato y el tenedor...

DIOS (*feliz*).

Y la mesa, Diablo, y la mesa también, de postre.

DIABLO.

Claro que sí..., aunque, a estas alturas, Dios, deberías pensar en un trabajito..., morirse de hambre, ¿no es enojoso? Es preferible morir de la risa.

(Lanza una risotada luciferina. Mientras salen, abrazados, achacosos, terminan de apagarse las luces).

FIN DEL PRIMER ACTO